

Por esta vida y por la eternidad

Elder Boyd K. Packer
Del Quorum de los Doce Apóstoles

"Las leyes naturales y espirituales que gobiernan esta vida fueron decretadas antes de la fundación de este mundo. Son eternas, al igual que las consecuencias de obedecerlas o desobedecerlas."



Queridos hermanos y hermanas: Las Escrituras y las enseñanzas de los profetas dicen que nosotros fuimos, en la vida preterrenal, hijos e hijas espirituales de Dios (véase D. y C. 76:24; Números 16:22; Hebreos 12:9). Las diferencias sexuales existían antes de que naciéramos (véase D. y C. 132:63).

En el gran concilio de los cielos (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 433, 442, 453), se presentó el plan de Dios (véase Abraham 3:24-27); el plan de salvación (véase Jarom 1:2; Alma 24:14; 42:5; Moisés 6:62); el plan de redención (véase Jacob 6:8; Alma 12:25-36; 17:16; 18:39; 22:13-14; 39:18;

42:11, 13) y el gran plan de felicidad (véase Alma 42:8). Dicho plan requiere que seamos probados, que elijamos entre lo bueno y lo malo (véase Alma 42:2-5); nos provee un Redentor, la Expiación y la resurrección y, si obedecemos, el regreso a la presencia de Dios.

El adversario se rebeló y adoptó su propio plan (véase 2 Nefi 9:28; Alma 32:4,5; Helamán 2:8; 3 Nefi 1:16; D. y C. 10:12, 23; Moisés 4:3). Los que lo siguieron perdieron el derecho de tener un cuerpo mortal (véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 217, 362). Nuestra presencia en la tierra demuestra que aceptamos el plan de nuestro Padre (véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 217).

El único objetivo de Lucifer es oponerse al gran plan de felicidad y corromper las más puras, las más hermosas y las más agradables experiencias de esta vida, que son el romance, el amor, el matrimonio y la paternidad (véase 2 Nefi 2:18; 28:20). Los fantasmas del dolor y la culpabilidad (véase Alma 39:5; Moroni 9:9) le siguen de cerca. Sólo el arrepentimiento cura lo que él hiere.

El plan de felicidad requiere la unión digna del varón y la hembra, del hombre y la mujer, del marido y su esposa (véase D. y C. 130:2; 131:2; 1 Corintios 11:11; Efesios

5:31). La doctrina nos enseña qué hacer ante los fuertes impulsos naturales que tan a menudo dominan nuestras acciones.

Un cuerpo creado a imagen de Dios fue creado para Adán (véase Moisés 6:8-9), y se le llevó al Jardín de Edén (véase Moisés 3:8). Al principio, Adán estaba solo. Tenía el sacerdocio (véase Moisés 6:67), pero, solo, no podía cumplir con los requisitos de su creación (véase Moisés 3:18).

Otro hombre no podría ayudarlo; ni solo ni con otro hombre podía Adán progresar. Tampoco hubiera podido hacerlo Eva con otra mujer. Así era entonces y sigue siendo verdad hoy día.

Eva, una ayuda idónea para él, fue creada; el matrimonio fue instituido (véase Moisés 3:23-24) al mandársele a Adán que se allegara a su *esposa* [no a cualquier *mujer*] y a nadie más (véase D. y O 42:22, cursiva agregada).

Sobre Eva recayó la responsabilidad de tomar la decisión (véase Moisés 4:7-12). Y debemos honrarla por la decisión que tomó. Después "Adán cayó para que los hombres existiesen" (2 Nefi 2:25).

El élder Orson E Whitney opinaba que la Caída había ocurrido "en dos direcciones: hacia abajo pero también hacia adelante. Trajo al hombre al mundo y lo encaminó hacia el progreso eterno" (*Cowley and Whitney on Doctrine*, compilación de Forace Green, Salt Lake City, Bookcraft, 1963).

Dios bendijo a Adán y a Eva y el Señor les dijo: "Fructificad y multiplicaos" (Moisés 2:28; véase también Génesis 1:28; 9:1), y así se estableció la familia.

No existe nada en las revelaciones que implique que ante Dios sea preferible ser hombre y no mujer, ni que El valore más a Sus hijos que a Sus hijas.

Todas las virtudes mencionadas en las Escrituras como el amor, el gozo, la paz, la fe, la divinidad, la caridad, las comparten ambos sexos (véase Gálatas 5:22-23; D. y C 4:5-6; Alma 7:23-24), y la

ordenanza del sacerdocio más importante en esta vida se imparte sólo al hombre y a la mujer juntos (véase D. y C. 131:2).

Después de la Caída, la ley de la naturaleza ejercía autoridad suprema en cuanto a los nacimientos. Como dijo el presidente J. Reuben Clark, hijo: Existen "jugarretas de la naturaleza" (véase "Our Wives and Our Mothers in the Eternal Plan", discurso pronunciado en la conferencia general de la Sociedad de Socorro, 3 de octubre de 1946), que causan anormalidades, deficiencias y deformaciones. A pesar de que el razonamiento humano considere injustas estas cosas, ellas parecen contribuir al cumplimiento de los objetivos de Dios de probar a la humanidad.

La doctrina del Evangelio de Jesucristo apoya y aprueba que se siga todo instinto apropiado, que se cumpla todo impulso justo, que se consuma toda relación humana que glorifique, pues los mandamientos revelados a Su Iglesia protegen estas cosas.

Si Adán y Eva no fueran diferentes el uno del otro, no hubieran podido multiplicarse y henchir la tierra (véase Génesis 1:28). La clave del plan de felicidad se basa en esas diferencias que se complementan.

Algunas tareas se adaptan mejor a la capacidad del hombre; otras, a la naturaleza femenina. Tanto las Escrituras como las leyes naturales dictan que el hombre sea el protector y el proveedor (véase D. y C. 75:28; 1 Timoteo 5:8).

Las responsabilidades del sacerdocio en cuanto a la administración de la Iglesia se realizan lógicamente fuera del hogar y, por decreto divino, se han confiado al hombre. Ha sido así desde el principio, porque el Señor reveló: "El orden de este sacerdocio se confirmó para descender de padre a hijo... en los días de Adán" (D. y C. 107:40-41; véase también D. y C. 84:14-16).

El hombre que tenga el



sacerdocio no le lleva ninguna ventaja a la mujer para merecer la exaltación. La mujer, por naturaleza, es también creadora con Dios y la principal encargada de la crianza de los hijos. Las virtudes y los atributos de los que dependen la perfección y la exaltación son naturales en la mujer y se refinan con el matrimonio y la maternidad.

El sacerdocio sólo se da a los hombres dignos para cumplir con el plan de felicidad de nuestro Padre. Es simplemente mejor cuando las leyes de la naturaleza y la palabra revelada de Dios trabajan armoniosamente.

El sacerdocio lleva consigo una gran responsabilidad. "Ningún poder o influencia se *puede* ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero;

por bondad y por conocimiento puro" (D. y C. 121:40-41, cursiva agregada).

Si un hombre "ejerce mando, dominio o compulsión... en cualquier grado de injusticia" (véase D. y C. 121:37), viola "...el juramento y el convenio que pertenecen al sacerdocio" (D. y C. 84:39). Entonces "...los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido" (D. y C. 121:37) ya menos que se arrepienta, pierde sus bendiciones.

Los papeles diferentes del hombre y la mujer se declaran en revelaciones celestiales, pero se aprecian mejor en las experiencias prácticas y rutinarias de la vida diaria.

No hace mucho escuché a un hermano quejarse en la reunión sacramental de que no entendía por qué sus nietos siempre decían que

iban a la casa de la *abuela* y nunca a la casa del abuelo. Yo le aclaré el misterio: ¡Los abuelos no hacen pasteles!

Las leyes naturales y espirituales que gobiernan esta vida fueron decretadas antes de la fundación de este mundo (véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 376-77, 455-56). Son eternas, al igual que las consecuencias de obedecerlas o desobedecerlas. No están basadas en normas políticas ni sociales y no pueden cambiarse. Ni la presión, ni las protestas, ni la legislación pueden alterarlas.

Hace algunos años yo supervisaba los seminarios para los indios en Estados Unidos. Una vez que fui a una escuela de Albuquerque, estado de Nuevo México, el director me contó un incidente ocurrido en una clase de niños de seis años.

Durante la lección, un gatito entró en el salón y distrajo a los alumnos. La maestra lo llevó al frente para que todos pudieran verlo. Una niña preguntó:

—¿Es gatito o gatita?

—No importa lo que es —dijo la maestra, porque la pregunta la tomó de sorpresa.

Pero los niños insistían y un niño dijo:

—Yo sé cómo podemos decidir si es gatito o gatita.

La maestra se dio por vencida y contestó:

—Bueno, dínos entonces cómo podemos saberlo.

Y el niño respondió:

—¡Podemos votar!

Algunas cosas no se pueden cambiar. La doctrina no se puede cambiar. El presidente Wilford Woodruff dijo:

"Los principios que han sido revelados para la salvación y la exaltación de los hijos de los hombres son principios que no podemos revocar. *Son principios que ningún grupo de hombres [ni mujeres] puede destruir.* Son principios que no mueren... Están más allá del alcance de los hombres y nadie los puede tocar ni destruir. Ni siquiera si todo

el mundo se juntara para anular esos principios, no podrían hacerlo... Ni una jota ni una tilde de estos principios se suprimirán" (*Journal of Discourses*, 22:342; cursiva agregada).

Durante la Segunda Guerra Mundial muchos hombres fueron al combate. Por esas circunstancias, las esposas y las madres de esos soldados tuvieron que salir a trabajar. La peor consecuencia de la guerra fue la desintegración de la familia, fenómeno que se ha prolongado hasta ahora.

En la Conferencia General de octubre de 1942, la Primera Presidencia mandó un mensaje a todos los santos de todas las tierras y climas, que decía: "Por medio de la autoridad que poseemos como Primera Presidencia de la Iglesia, advertimos a nuestra gente: Uno de los primeros mandamientos que el Señor dio a Adán y a Eva fue éste: 'multiplicad y henchid la tierra'. El ha reiterado este mandamiento en la actualidad. Ha revelado otra vez en esta última dispensación el principio del convenio eterno del matrimonio...

"El Señor nos ha dicho que es el deber de todo marido y mujer obedecer el mandamiento dado a Adán de multiplicarse y henchir la tierra, para que las legiones de espíritus escogidos que esperan tabernáculos de carne puedan venir a la tierra y progresar por medio del gran plan de Dios y llegar a ser almas perfectas, porque sin estos tabernáculos de carne no pueden progresar y llegar al lugar que Dios les ha destinado. Por lo tanto, todos los maridos y las mujeres en Israel deben llegar a ser padres de niños que nazcan bajo el sagrado convenio eterno.

"Al traer al mundo a estos espíritus escogidos, tanto padres como madres contraen una obligación sagrada hacia esos espíritus y hacía el Señor mismo. Porque el destino de esos espíritus en las eternidades, las bendiciones o castigos que les esperarán en el más allá dependerán, en gran parte, del

cuidado, las enseñanzas y la disciplina que los padres les den a esos espíritus.

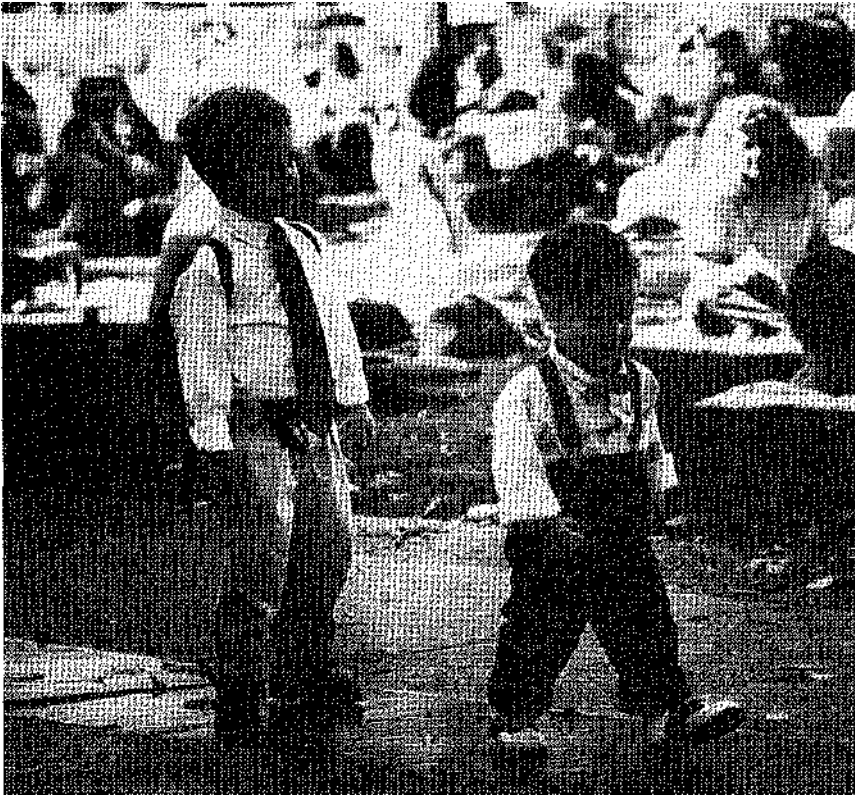
"Ningún padre puede escapar esa obligación y responsabilidad, a cuya estricta adherencia el Señor nos hará responsables. No hay otro deber más excelso que éste".

Con respecto a la maternidad, la Primera Presidencia dijo: "La maternidad, por lo tanto, se convierte en un llamamiento sublime, una dedicación sagrada para llevar a cabo los planes del Señor, una consagración a la crianza y educación del cuerpo, la mente y el espíritu de los que guardaron su primer estado y vinieron a la tierra a vivir el segundo estado, 'para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare' (Abraham 3:25). La tarea de las madres es ayudarles a guardar su segundo estado y 'a quienes guarden su segundo estado, les será aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás' (Abraham 3:26).

"Este divino cuidado maternal sólo pueden dispensarlo las madres. No puede delegarse a otros. Las niñeras no pueden hacerlo; las guarderías públicas tampoco; las empleadas domésticas tampoco; sólo las madres, con la ayuda de las amorosas manos de los padres y de los hermanos pueden dar de lleno este cuidado constante".

La Primera Presidencia aconsejó que: "La madre que delega a otros el cuidado de sus hijos para hacer trabajos no maternos así sea por dinero, fama o por servir a la comunidad, debe recordar que el hijo que se abandona 'avergonzará a su madre' (Proverbios 29:15). En esta época, el Señor ha dicho que a menos que los padres enseñen a los hijos las doctrinas de la Iglesia "el pecado será sobre la cabeza de los padres" (D. y C. 68:25).

"La maternidad se acerca a lo divino. Es el servicio más sublime y más sagrado que podemos llevar a cabo. Coloca a la mujer que honra su sagrado llamamiento y servicio a la altura de los ángeles" (Conference Report, oct. de 1942,



págs. 7, 11-13).

Este mensaje y advertencia de la Primera Presidencia se necesita más ahora que cuando se dio en aquel entonces. Y la voz de ninguna de las organizaciones de la Iglesia, no importa a qué nivel se encuentre, se iguala a la de la Primera Presidencia.

A cualquier persona que, por circunstancias ajenas, no tenga la bendición de casarse ni de ser padre o madre, o que deba criar sola a sus hijos, teniendo que trabajar para mantenerlos, no se le negará ninguna bendición en las eternidades, si cumple con los mandamientos (véase D. y C. 137:7-9). Como prometió el presidente Lorenzo Snow: "Eso es definitivamente seguro" (*Millennial Star*, 61:547, 31 de agosto de 1899).

Termino con una parábola.

Una vez, un hombre recibió dos llaves como herencia. Le fue dicho que la primera llave abría una bóveda que él debía proteger a toda costa. La segunda llave era de una caja fuerte que estaba dentro de la bóveda y que contenía un tesoro invaluable. Se le dijo que abriera la

caja fuerte y usara las cosas preciosas que allí se guardaban. Se le advirtió que muchos tratarían de robarle su herencia. Se le prometió que si usaba el tesoro para bien, éste no se gastaría, nunca desaparecería y lo tendría eternamente. Sería probado, y si lo usaba para beneficiar a otros, su gozo y bendiciones aumentarían.

El hombre entró solo en la bóveda. La primera llave abrió la puerta y con la otra trató de abrir donde estaba el tesoro, pero no pudo, porque había dos cerraduras en la caja fuerte. Aquella llave sola no la abría. Hizo todo lo posible, pero no pudo abrirla. Estaba confundido porque le habían dado las llaves; sabía que el tesoro le pertenecía; había obedecido las instrucciones, pero no podía abrir la caja.

Por fin llegó una mujer a la bóveda y ella tenía otra llave. Era muy distinta de la llave que él tenía. La llave de ella abría la otra cerradura. Le hizo sentir humilde el saber que no podía recibir la herencia sin la ayuda de ella.

Hicieron un pacto de que juntos

abrirían el tesoro y, como se les había indicado, él protegería la bóveda y ella cuidaría el tesoro. A ella no le molestaba que él, por ser el guardián de la bóveda, tuviera dos llaves, porque el objetivo de él era asegurarse de que ella estuviera bien, mientras ella cuidaba lo que era tan valioso para ambos. Juntos abrieron la caja y usaron la herencia y se alegraron porque tal como se les había prometido, nunca disminuía.

Con gran gozo se dieron cuenta de que podían compartir el tesoro con sus hijos; y cada uno podía recibir la misma cantidad que la generación anterior.

Tal vez algunos de sus descendientes no encontrarán un compañero que tuviera la llave complementaria, o uno que fuera digno y dispuesto a cumplir con los convenios que regían el tesoro. Sin embargo, si guardaban los mandamientos, no perderían la más mínima bendición.

Puesto que algunos los tentaban para que desperdiciaran el tesoro, se aseguraron de enseñarles a sus hijos en cuanto a llaves y convenios.

Un tiempo después, entre sus descendientes, hubo algunos que se dejaron engañar o que sentían envidia o que eran egoístas y se quejaban porque a uno le habían dado dos llaves y a ellos sólo una. "¿Por qué no puede ser sólo mío el tesoro para usarlo como guste?", decían los egoístas.

Algunos trataron de rehacer la llave que les habían dado para que se pareciera a la otra. Tal vez, pensaron, pueda abrir las dos cerraduras. Y por ese motivo no pudieron abrir la caja fuerte. Sus llaves remodeladas eran inservibles, y éstos perdieron la herencia.

Los que recibieron el tesoro con gratitud y obedecieron las leyes pertinentes sintieron gozo sin límites por esta vida y por la eternidad.

Testifico en cuanto al plan de felicidad de nuestro Padre, y testifico en el nombre de Aquel que llevó a cabo la Expiación, que así sea, en el nombre de Jesucristo. Amén.